# IZARA BATRES

## A Miguel Hernández

Tenías en los ojos, Miguel,
el sueño de la belleza.
Y, en el corazón, la espina
que hace sangrar, verso a verso,
el eco de la soledad y del tiempo.

No te alcanzaba el mundo
en su latido de piedra,
porque bebías el calor de un astro distinto.
Y, a pesar del invierno, quisiste
besar la tierra.
Te derramaste como un mar de luz
sobre la noche de los que sufrían,
les pusiste de pie.
Y viste constelaciones
en las noches sin estrellas.

Por amor, te quedaste aquí,
para elegir el vuelo,
como esa gaviota de plata
que tus sueños pintaban libre.
Más allá del horizonte y del hambre
Más allá del dolor.
Subiendo hacia el cielo.

Te seguimos, Miguel,
hasta las flores imposibles,
la tierra profunda y el canto del oprimido;
hasta los olivos,
y la blancura más bailable,
y el rayo de dolor por el viejo amigo.
Hasta el gemido helado de las rejas
de la cárcel.

Nos hemos quedado dormidos sobre el mar,
entre sirenas de coral y cantos de espuma.
Nos hemos acostumbrado al eco lejano
de la hermosura,
como esa melodía vieja, en medio del desván.

Y tú Miguel, que soñabas otro universo,
¿a dónde te fuiste?
Tal vez los besos de la caverna,
con su mecánica oscuridad,
te desgarraron el pecho.